

cuyos son los parrafos que se han copiado y el momento presente. Aun pudiera decirse que si no se ha confirmado en absoluto de un modo solemne, ha sido porqué hasta los gobiernos mas impios, hasta las naciones mas extraviadas, aun en momentos de verdadero vértigo, no solo no se han atrevido á privarse del poderoso socorro de la religion y de sus ministros para sostener su dominio en las colonias y para extenderlo en los paises inexplorados, sino que lo han solicitado á veces con un empeño tal que equivalia al mas completo reconocimiento de la impotencia de los recursos meramente humanos y de la imprescindible necesidad de acudir á los auxilios divinos, y de valerse para ello, de los legítimos ministros del Dios Todopoderoso, únicos que, por lo general, pueden ostentar virtudes tan altas, como es preciso poseerlas para dar cima á empresas que se salen de lo que comunmente consiguen realizar las fuerzas del hombre.

Pronto veremos una nueva confirmacion de esto, pues se va á reanudar la série de biografías de los Sumos Pontífices y en la vida del primero de los que ahora han de ocuparnos, que es la del glorioso San Pio V, habrá de verse como, tan ilustre papa, prestó á la sociedad civilizada inapreciable servicio, contribuyendo poderosamente á librarla de la cimitarra del turco.

III.

San Pio V, que antes de su elevacion á la Santa Sede se llamaba Miguel Ghislieri, era natural de Bosco. Distinguiendose por su talento y virtudes, ya desde el pontificado de Paulo IV, fué creado cardenal por este, en Mayo de 1557, y además nombrado supremo inquisidor perpétuo; Pio IV le confirió el obispado de Mondovi, y en estos tan diversos cargos demostró constantemente extraordinario celo por los intereses de la religion, claridad de juicio y profundidad de doctrina, realzadas todas estas prendas por una sin igual humildad. Debido á esta, experimentó gran dolor y no menor sorpresa, al ser elegido en 7 de Mayo de 1565 para ocupar la silla de San Pedro que habia quedado vacante por muerte de Pio IV, pues es lo cierto que sobre no desconocer los grandísimos deberes que la tiara impone, las especiales condiciones que exige



cu... se han crecidos en el momento presente.
Au... si no se ha... en absoluto de
un... sido porque hacia los gobiernos mas impios,
ha... extraviadas, aun en momentos de verdadero
vé... no se han atrevido a privarse del poderoso so-
corro de la religión y de sus ministros para sostener su dominio
en las... para extenderlo en los países inexplorados, sino
que... a veces con un empuje tal que equivalia al
ma... de la impotencia de los recursos
me... y de la imprescindible necesidad de acudir á
los... de estarse para ello, de los legítimos mi-
nis... únicos que, por lo general, pueden
ost... como es... para dar
cin... consiguen
rea...

I... a
rea... vida
del... del glo-
rios... a la
soci... poderosa-
men... del turco

III

San... se llama-
ba Miguel... de Bosco... por su
talento y virtud... fué creado
cardenal por este, en Mayo de 1557, y ademas... supremo
inquisidor perpetuo: Pio IV le confirió el obispado de Mondovi, y
en estos tan diversos cargos demostró... extraordinaria
ceto por los intereses de la religion, de... de juicio y pro-
fundidad de doctrina, realizadas todas estas... por una sin
igual humildad. Debido á esta, experimentó gran dolor y no me-
nor sorpresa, al ser elegido en 7 de Mayo de 1565 para ocupar la
silla de San Pedro que habia quedado vacante por muerte de
Pio IV, pues es lo cierto que sobre no deservir los grandísimos
deberes que la tiara impone, las especiales... que exige



y la enorme responsabilidad que encierra, jamás había pensado, en su humildad de carácter, que mereciese semejante distincion, ni menos que llegase á obtenerla, á pesar de haberselo así pronosticado San Felipe de Neri.

Coronado el 17 del mismo mes de su eleccion, tomó posesion el 27 en la Basílica Lateranense y no tardó en dar claras muestras de que su eleccion había sido acertadísima y de que su humilde carácter no le perjudicaba para aumentar y llevar á cabo las mas altas empresas. Conocedor perfecto de las necesidades de su tiempo, de los males que, á la sazón, afligian á la humanidad y de los medios de remediarlos, aplicóse á esta tarea, dando ejemplo de austeridad y pureza de vida, predicando fervorosa y frecuentemente á los cardenales, procurando y velando la observancia de los sabios preceptos del concilio tridentino y corrigiendo los vicios de que adolecía la administracion.

Su espíritu de justicia ha dado lugar á que los enemigos de la religion le hayan acusado de severidad implacable, cargo destituido de todo fundamento, por cuanto que está probada su clemencia para con sus enemigos personales, para con los que le injuriaban y escarnecían; así lo acredita su conducta respecto al conde de la Trinidad, enemigo suyo ya de mucho antes de su elevacion al pontificado, y así lo prueba tambien el hecho de que, no obstante haber puesto en vigor justamente las leyes contra los libelos, medio infame de difamacion entonces muy en uso, no persiguió á los libelistas que escribian contra él, y con humildad y benignidad verdaderamente admirables les invitaba á manifestarle personalmente cuantos defectos le hallaran. Esto aparte, muy natural, muy legitimo era que en las cuestiones entre los que temporalmente le estaban sometidos, se mostrase imparcial y severo y adjudicase á cada cual la justicia que le correspondiera, pues en casos tales, la lenidad, que favoreciendo á unos hubiera perjudicado á otros, lejos de ser digna de alabanza hubiera sido merecedora de acerbos censuras. Además si las medidas de carácter general por San Pio V adoptadas, revistieron cierto rigor, fué este un rigor saludable y necesario por las condiciones de los tiempos, pues era preciso purificar las costumbres, cuidar de que las heregias no tomasen vuelo y atender á los medios de conjurar los peli-

gros que amenazaban la cristiandad. Por eso castigó á Pallantieri, que en la causa de Carafa se habia mostrado parcial; por eso arrojó de Roma á las meretrices, por eso estableció penas contra los violadores del culto y los blasfemadores; por eso tambien concentró á los judios en Roma y en Atenas, pues supuestas las grandes complicaciones que veia próximas, era preciso tenerlos reunidos para poder vigilarlos y evitar así los males que con sus mañas y traiciones habian causado multitud de veces; por eso, en fin, excitaba el celo de la Inquisicion para que persiguiese la heregía que despues de haberse extendido por Alemania, Francia y Suiza, amenazaba propagarse por Italia. Todas sus sentencias fueron justas, todas arregladas al derecho y, como observa Cantú, todas necesarias supuestas las insidiosas asechanzas de los enemigos de la verdadera fé.

Uno solo de sus actos bastaría para inmortalizar su nombre, si para ello no tuviese otros títulos. La sociedad cristiana, la sociedad civilizada, estaba bajo la amenaza de la barbarie del turco. El sultan Selim II mostrabase cada vez mas osado en sus empresas; preciso era poner coto á sus desmanes y dar mortal golpe á su poder ó exponerse á recibirlo. Pio no vacila: luego de algunas tentativas infructuosas cerca de Maximiliano II, á quien mandó al legado Commendone, en 1566, para estimularle á pelear contra el turco, dirige sus miradas á otras naciones y a otros principes y, tras hábiles negociaciones y meritorios esfuerzos, logra que se forme una liga en la que entraron Roma, España, Venecia, Florencia, Saboya, Génova, Luca, Parma, Urbino, Ferrara y Mántua. Armóse y se reunió una poderosa escuadra y se dió el mando supremo de ella á Don Juan de Austria, el ilustre hermano de Felipe II; la flota cristiana, animada de santo ardimiento, marchó al encuentro de las naves turcas, y con ser estas superiores en número y no obstante pelear sus tripulantes con fanático furor, la civilizacion triunfó de la barbárie en las aguas de Lepanto, logrando la insigne victoria que hizo famoso el mes de Octubre de 1571. No satisfecho con esto, el papa, que habia confiado el mando de la division pontificia á Marco Antonio Colonna, envió á este instrucciones para que se aprovechase la ocasion y no se cesara un punto hasta apoderarse de Constantinopla; pero las rivalidades entre los otros ge-

fos frustraron los designios de San Pio V, á quien, de otro modo, se hubiese debido tambien seguramente que Europa se hubiese librado de ese padron de ignominia que se llama la Turquía europea.

El celo de San Pio V por la conservacion y propagacion de la verdadera fé quedó demostrado por otros muchos actos, además del que acaba de citarse. El fué quien exhortó á Carlos IX y á su madre á precaver los terribles daños que en Francia causaba la secta de los hugonotes y seguro es que, si se hubiesen atendido á tiempo sus sabios consejos, habriase evitado con medidas previsoras y prudentes la sangrienta jornada de San Bartolomé; él fué tambien quien puso especial empeño en que Felipe II contuviese los progresos de la heregía en Flandes, *pero sin estragos ni suplicios*, pues tan enemigo de ellos era el santo pontífice, que no vaciló en escribir al mismo monarca español para que no castigase de muerte á su hijo Carlos, *aunque se hubiera hecho merecedor de tal pena*; él fué, en fin, quien mas que nadie se interesó por salvar á la infortunada reina de Escocia, Maria Estuardo, de los peligros de que la rodeaba la pérfida Isabel de Inglaterra, y quien, tras de animar á los perseguidos católicos ingleses con su breve dado el 20 de Febrero de 1570, expidió la bula *Regnans in excelsis* en que se declaraba á Isabel usurpadora del trono y de la autoridad pontificia.

Velando siempre por la integridad de la doctrina y por los intereses católicos, socorrió á los que huían de las persecuciones de Isabel, procuró reprimir las sectas heréticas en Alemania y otras varias naciones y logró hacer recibir en algunas á sus visitadores eclesiásticos, venciendo para ello ciertos reparos suscitados por Felipe II y por la república de Venecia. En 1.º de Octubre de 1567 condenó setenta y seis proposiciones en las que se hallaba combinado el naturalismo de Pelagio con los errores protestantes sobre el fatalismo; disolvió los *humillados* que se habian atrevido á atentar contra la vida de San Carlos Borromeo; honró siempre al mérito, sin hacer distinciones ni favores por razon de parentesco, pues únicamente nombró cardenal á un sobrino suyo, el dignísimo Miguel Bonelli, accediendo á los ruegos de otros muchos cardenales, y aun en tal caso, dió muestras de imparcialidad y justicia, rechazando los beneficios que para aquel le ofrecia Fe-